



HASTA AQUI LLEGARON... LOS TULIPANES

Nuestro compañero Xavier trajo la semana pasada a estas columnas el tema de los diminutivos, para demostrar lo ridículo que resulta que un señor a los ochenta años siga llamándose Tomásín por el hecho de que así familiarmente fué bautizado cuando el sujeto en cuestión realizó a los equis meses de su edad, la primera monada.

Todas las obras y empresas de este mundo deben planearse con la necesaria amplitud y perspectiva si no queremos que fenezcan en manos del futuro tan tristemente como el pollo va a la cazuela aunque se cubra con la engañosa apariencia de que ello sirve para festejar una alegría.

No pensar en el mañana ha sido siempre nuestro terrible y mayor pecado. Todavía hoy, pese a nuestras muchas y constantes experiencias, sigue la ciudad estrechando sus perspectivas urbanas, y entre otras cosas, porque el plano general se redactó en los días de su infancia que es cuando el nombre de Tomásina era sin duda el traje a medida que su talla, entonces, nos demandaba.

Pero volviendo, y en este aspecto completando el tema, que como certero disparo, llevó a estas páginas Xavier, resulta a nuestro modo y entender igualmente ridícula la arcaica denominación, que a pesar de los años transcurridos, siguen ostentando ciertas empresas y entidades. Por ley natural, a todo lo nuevo en este mundo le llega el día que ha de volverse viejo, y si no viejo en el sentido literal o físico, por lo menos extemporáneo.

El error consiste, pues, en haber antepuesto en cualquier denominación los adjetivos de «nuevo» o «moderno» sin la perspectiva que supone el presumir que andando el tiempo, nuestras obras serán a cada día que pasa, un poco menos nuevas y un poco menos modernas.

Sin contar que día llegará—y para algunas hace tiempo que ha llegado—en que tal rotulación sonará casi a ridículo. Y ello, mayormente es de deplorar, por cuanto en la mayoría de los casos se trata de obras y empresas que a todos nos enorgullecen al poseer un brillante historial y ser ejemplo de mérito y constancia. Todo lo que a dichas obras debería honrar llamándose «viejas».

Rodín



Cuantos, por exigencias de nuestros personales derroteros, vémonos constreñidos a pasar, a quemar, la mayor parte de nuestra vida dentro de los límites, no por dilatados menos presentes y agobiantes, de una gran urbe, hemos de estar sinceramente agradecidos a la dádiva que, pródigo y puntual, cada año nos viene a ofrecer, con su triunfal llegada, el primer equinoccio.

Sí, porque, gracias a la primavera, a su jamás desmentida generosidad, nos es dable poder recrear nuestra vista, tan fatigada por arideces de toda laya, en ese hermoso, delicado espectáculo que es lo que, un tanto impropriamente, podríamos llamar la floración del asfalto; la eclosión, por ejemplo, de esos maravillosos y elegantes tulipanes con que, de la noche a la mañana, como en un milagro de gracia y color surgido del toque sutil de una varita mágica, hemos visto engalanarse los «parterres» de muchas plazas y paseos ciudadanos.

En extremo agradable resulta, sobre todo a los ojos de los que, afortunadamente, aún preferimos y creemos saber gustar el inefable encanto de la natural belleza, la contemplación de los esbeltos tallos de esa flor, un tanto exótica entre nosotros, pero que parece haberse adaptado ya perfectamente a las condiciones de nuestro clima. El tulipán, oriundo, como es sabido, de la simpática, bucólica y a veces trágica, tierra de los canales, de los zuecos y las bicicletas, parece haber tomado ya, alegremente, sólida y definitiva carta de naturaleza entre nosotros, pues que aquí llegó un buen día, tímido forastero, y aquí se ha quedado a germinar, florecer y proliferar a sus anchas, lo mismo que cualquier otra de nuestras propias flores. Y todo ello realizado en un proceso evolutivo tan rápido y misterioso a la vez, que apenas si, a los más observadores, nos da tiempo de poder captar con detenimiento sus distintas, interesantes fases.

Desde luego, todos hemos de congratularnos de que, de unos pocos años a esta parte, los administradores de la cosa pública, los urbanistas, concedan, no ya sólo a las clásicas especies arbóreas, sino también a las flores, a las frágiles y bellí-

simas flores, el honor de ocupar un sitio, y éste de preferencia, junto al adusto manchón asfáltico de las grandes ciudades donde a tantos nos ha tocado en suerte vivir y, no pocas veces, rabiarse.

Aunque haya de ser aprovechando la nerviosa espera que nos impone la remolona aparición de la lucecita verde en los semáforos de los cruces callejeros, es confortador poder dirigir una furtiva y agradecida mirada a un gran ramillete vivo de tulipanes ofreciéndonos el artístico espectáculo de su rica gama: rojo - sangre, amarillo - oriente, morado - episcopal, blanco - eucarístico y aún otros finos matices más, que suavemente mecidos por la juguetona brisa abrileña, tenemos ahí, a escasos pasos de nosotros, invitándonos a la contemplación por puro goce estético, como reclamándonos un poco de nuestra distraída, prosaica atención.

En los azares de nuestro incorregible vicio del ciudadano deambular sin rumbo fijo, más de una vez nos ha llamado simpáticamente la atención haciéndonos frenar nuestro ocioso paso, la interesante estampa de unos viejos reunidos en venerable areópago al arrimo de un banco público y teniendo por fondo un fresco y rozagante maciza de tulipanes de altanero, recién abierto cáliz. El contraste que el original conjunto ofrecía, era, a nuestra vista, algo de un patetismo que, aún sin querer, hacía pensar, hondo, en las vicisitudes de nuestro humano destino: vida naciente al lado de vida en ocaso, tersura y color junto a surcos indelebles en tierra ya de un ceniza agotado. Aspectos distintos, pero trascendentes, del ciclo vital en su perpetuo, indiferente renovarse y pasar.

Mas, alejémonos de elucubraciones de deprimente matiz y, mirando de nuevo a nuestro alrededor, un tanto asombrados por la novedad, digamos en fervoroso elogio a la primavera: bienvenidas sean esas sonrisas nuevas, aunque efímeras, desgraciadamente, como todo lo bello, por si su presencia puede contribuir a hacernos un poco menos hurraños, quizá un poco más felices, a los que, a veces con ánimo similar al de presos tras las rejas, vémonos obligados a soportar el peso del ambiente enrarecido de las grandes urbes, sorteando como podemos el enervante choque que a nuestra sensibilidad, aún no del todo embotada, producen toneladas de asfalto, de grisura humana y de monotonía irremediable.

Quién sabe. Tal vez, a fuerza de ir viendo como brotan flores y setos vivos junto a nuestro atropellado y adocenado caminar, conseguiremos que la sana inyección de natural optimismo, de belleza y de bondad produzca reacción saludable a los que hemos de convivir, sin acabar de lograrlo demasiado, en las cada día más complicadas, estridentes y ásperas urbes de mastodóntica concepción.

Ante el desconsolador espectáculo, ¡qué hermoso, qué aleccionador se nos aparece el poético sueño que nuestro «Gaciel» describe, más con el corazón que con su docta pluma, en su delicioso ensayo cívico «Les viles espirituales»!

Eduardo Bardas Planellas

CARRERILLA SEMANAL

FLORES Y HONGO

El domingo visitamos de flores la Exposición; (Un palacio hecho maceta, y unas flores en sazón.) Magnífico Ayuntamiento; nuestra felicitación.

MORALEJA

Mientras unos por las flores demuestran amor tan alto, hay quien dedica todos sus sudores a la dichosa Bomba de Cobalto...

*